

Alias 'Pipo'

ABALORIOS

Su nombre era José Martínez Queirolo, pero todos le conocían como "Pipo". Así decía él que le llamaba, de pequeño, su abuelo y, desde entonces, se le quedó el apodo. Lo entrevisté en 1995, en su casa de la Bolivia, entre 6 de Marzo y Ambato, en Guayaquil, donde vivía con una hermana. Ahí, había pintado en la fachada un par de palabras: Teatro Doscarátulas.

Y, en efecto, la planta alta era una pequeña sala teatral, en la que solía representar sus propias obras. Porque, como sabe "todo" el mundo, Pipo escribía y ponía en escena las piezas que creaba y que nadie conoce exactamente cuántas suman, porque han quedado algunas inéditas.

La Casa de la Cultura le publicó hace pocos tomos con 11 piezas, pero él ha dejado dicho que tenía algunas más en espera.

Hablo en pretérito porque Pipo ha muerto, a los 77 años. Él descubrió temprano su vocación por el teatro, aunque siguió la carrera de Ingeniería Civil, que cortó antes de graduarse. La vida le obligó a ejercer diversos menesteres, lo cual por fortuna no le impidió escribir (hizo también relato), y solo después de su jubilación, en 1993, pudo dedicar por entero su tiempo a esa pasión que, inclusive, le impidió casarse, a pesar de haber sido, como me dijo, "romántico y enamorado".

Ahora, tenemos bastante gente que se dedica al teatro, incluso autores, que lo hacen muy bien. Pero en los tiempos de Pipo, la escena nacional estaba casi desolada; las representaciones eran muy escasas y solo dos o tres escritores -Paco Tobar era uno de ellos- producían textos para representar. A fin de sobrevivir, y a dos aguas entre su vocación y la necesidad, Pipo tuvo que escribir telenovelas.

De esos tiempos, me contaba que, alguna vez, un marido celoso lo echó todo a perder, cuando entró como una tromba al set de grabación y sacó violentamente a su esposa, la primera actriz, que estaba sentada junto al galán en una cama.

Se quejó Pipo en la entrevista de que las instituciones culturales de su ciudad le ignoraban en absoluto; aunque ahora veo que su muerte ha sido muy lamentada por todos.

Y en Quito tuvo una experiencia muy dolorosa, cuando vino para asistir a la representación de su obra *Réquiem por la lluvia*, en el aula Benjamín Carrión. No entró una sola persona.

Entonces, cuando él y el grupo guayaquileño que iba a actuar salían cabizbajos, vieron a la entrada un cartel grande que decía: "Suspendida la función por mal tiempo". Alguien dijo: "¡Exijo una explicación!". Y le explicaron que toda era cosa de la sal qui-
teña.